

I — Colón y el Destino

II — Reseña sintética de la poesía colombiana

III — Elegía del Destierro

I

Colón y el Destino

Cuando, hace algún tiempo, fui nombrado miembro correspondiente de la Academia de Historia, acepté gustoso la distinción, aún cuando yo no soy historiador, ni tenía cómo corresponder a tan señalada preeminencia. Pero me puse a pensar que pertenecer a esta docta Corporación es título de honor para cualquier ciudadano, por desprovisto que se halle de méritos intelectuales, como es mi caso. La Academia de Historia es una Institución que se considera sustancialmente incorporada a la vida colombiana, y que forma parte integrante de la tradición espiritual de la República. Su labor, a lo largo de los años, ha sido fecunda y benéfica. Ha publicado obras fundamentales y su incesante trabajo de investigación honra a los varones que la integran, y es ejemplo de laboriosidad para los demás pueblos de este Continente. El día en que se haga la liquidación de nuestra riqueza espiritual, la Academia de Historia de Colombia podrá reclamar buena parte de ese capital, invertido con patriotismo y desinterés para la gloria de la Nación.

Los estudios históricos constituyen una de las disciplinas más nobles de la inteligencia humana. Para cultivarlos son necesarias facultades excepcionales de honradez, imparcialidad y agudeza mental. El literato, por ejemplo, juega con formas ficticias, y su mundo es el mundo de la fantasía. El hombre de ciencia se mueve en la zona de la realidad positiva, y acata las leyes que gobiernan el universo. El filósofo crea sistemas, muchas veces arbitrarios, para explicar la realidad de los seres. Pero todos ellos parten de supuestos fijos y su aspiración es llegar a fórmulas definitivas de común aceptación. Pero el historiador camina sobre terreno movedizo. La psicología humana causante, en último término, de los acontecimientos, es misteriosa, a veces

indescifrable, y su reflejo en los hechos y en las acciones de los hombres aparece como equívoca. El pasado, campo propio del historiador, es celoso de sus secretos, e interpretarlos constituye tarea ardua, porque el tiempo los desfigura y transforma. Los intereses religiosos, políticos, sociales y económicos, dividen el criterio y se empeñan solidariamente, o cada uno de ellos, por su parte, en dar una explicación exclusiva y total del acontecer humano. Estas circunstancias, sumariamente enumeradas, pueden dar idea de las dificultades que entrañan los estudios históricos, y de cómo, para seguirlos, son necesarias múltiples facultades y, sobre todo, un criterio acrisolado en la práctica de la moral más exigente. Afortunadamente, los miembros que integran esta agrupación de investigadores responden cumplidamente a ese ideal, y nunca se ha oído decir, salvo las naturales discrepancias de juicio, que aquí se haya adulterado la verdad o empequeñecido el criterio histórico. Es así como Colombia debe vivir orgullosa de sus historiadores, que han sabido cumplir con su delicado oficio de valorar los tiempos, a fin de calcular el presente y deducir el porvenir.

Ahora bien, esta Academia me ha conferido el alto honor de hablar en esta fecha del 12 de octubre, universalmente célebre, para hacer referencia a Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, según lo exigen los reglamentos de la Institución. Como lo dije antes, no soy historiador ni erudito, y como sobre Colón se han escrito centenares de libros, muchos de los cuales habéis leído vosotros, me veré obligado a repetir episodios de su vida que son de conocimiento general. Solo que he escogido algunos momentos que pudiéramos llamar estelares, en la vida extraña y misteriosa del Almirante del Mar Océano.

Para quienes leen desprevenidamente la historia de Colón lo primero que sorprende es la personalidad misma del genial expedicionario. Otros hombres, aunque parezca extraño, fueron menos grandes que sus hazañas, así como hay escritores cuya obra se alza a mil codos sobre su personalidad. Shakespeare y Cervantes, por ejemplo, fueron dos personajes casi insignificantes a quienes no les ocurrió más que una sola cosa: tener genio. *Ghoete se equilibra*. La libertad es hermana de Bolívar. En Colón el hombre es tan importante como su cometido histórico. Parece que el mar, al cual se entregó desde niño, le hubiese comunicado algo de su grandeza, algo de su condición tornadiza, algo de su continua inseguridad, algo de su riesgo permanente y

algo también de su ritmo inacabable. Como hombre, no puede ser reducido a una fórmula simplista. Es múltiple y contradictorio. Tiene ímpetus satánicos de soberbia, y momentos de llorosa humildad en que parece uno de los ofendidos y agraviados del mundo. Su arrebató, y lo que pudiéramos llamar su obsesión, provienen de que se cree enviado de Dios, y esa convicción mesiánica le hace despreciar la burla de sus contemporáneos, los azares de la mala suerte, las acechanzas del infortunio, el desvío de los poderosos y los insultos de la plebe.

Por otra parte, aceptaba como dogmas errores, que, justo es reconocerlo, eran en su mayor parte errores de su tiempo, pero que Colón profesaba sin que se le hubiese ocurrido nunca sujetarlos a examen o revaluación. Creía que el llamado Mar Tenebroso que separaba las costas de España de las del Continente asiático, tenía una extensión tres veces menor de la que en realidad ocupaba. Creía que la tierra no era redonda sino que tenía forma de pera. Creía que al pisar tierra después de una larga y tormentosa navegación se hallaba en las costas del Asia, y que Cuba era Cipango. Creía que allí iba a encontrar el Gran Khan, para el cual llevaba cartas de fina diplomacia, e hizo que sus hombres lo buscasen durante varios días, con resultado negativo, como era de esperarse. Creía que iba a encontrar casas con techos de oro, y que no lejos del sitio donde se hallaba discurría el río Ganges. Creía, que, a poco de caminar, se encontraría con el Paraíso Terrenal y, finalmente, creía que el mundo estaba próximo a su fin. Algunos de estos errores lo llevaron a descubrir el Nuevo Mundo, el cual pisó sin maliciar siquiera que aquello era la otra mitad de la esfera terrestre, envuelta en nubes y en tormentas. Pero era, sin duda, hombre providencial para quien esas falsas nociones científicas no significaban nada, ante la evidencia interior, que lo empujaba inexorablemente a su destino. Feliz culpa, se dijo del pecado de Adán, que trajo como consecuencia la encarnación del Verbo. Felices errores podemos decir nosotros ahora, refiriéndonos a los de Colón, pues por ellos existimos. La mentira es, en ocasiones, tan fecunda como la verdad. Todos los animales de la fábula rodearon la cuna del mundo recién nacido.

Hay una fecha decisiva en la vida de Colón, y es el 2 de enero de 1492. En ese día las tropas cristianas se preparaban para entrar en Granada. Los Reyes Católicos recibieron de manos de Boabdil las llaves de la ciudad. El Conde de Tendilla había

sido designado como gobernador de la Villa. Colón estaba allí y pudo decir algún tiempo después: "Vi poner las banderas reales de vuestras altezas y el príncipe mi señor". En ese acto se encontraban el Cardenal Don Pedro González de Mendoza, fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina y Luis Santángel, que tan importante papel tendría en la empresa del descubrimiento. Hubo una junta de sabios, que fue la segunda que se reunió para examinar a Colón, y como consecuencia se obtuvo el consentimiento de los Reyes a fin de que el genovés emprendiese la arriesgada navegación. Este hombre, que vivía casi de limosna y que andaba con una capa raída, hacía exigencias exorbitantes. Pedía fueros, dignidades y prerrogativas dignas de un visionario o de un loco. Los Reyes lo escuchaban asombrados. El Gran Cardenal de España y Luis de Santángel se miraban mutuamente, y se arrimaban, bien a la Reina, bien a Colón. Este movía la cabeza en señal de asentimiento o de negativa, sin modular palabra. Por fin la Reina accedió a las exigencias de aquel alucinado. Todos respiraron satisfechos, cuando he aquí que el futuro Almirante, sorpresivamente, abandonó la ciudad, con el propósito de no regresar nunca a España.

Y aquí sucede algo que no puede explicarse dentro de las posibilidades simplemente humanas. Habría que apelar al criterio providencialista, que no a todos satisface. La Reina olvida por un instante la toma de Granada, y el final de esa lucha secular y vuelve la imaginación hacia ese personaje estrafalario que acaba de huír. Sin duda era portador del destino y ella no supo estimarlo suficientemente. Isabel comprendió que aquel hombre tenía la conciencia del porvenir. Así lo demostraba su profunda convicción, su pertinencia irreductible, su fe radiante. La Reina lo manda a buscar y Colón regresa, después de haber caminado algunas leguas, y convencido de que el mandato providencial acaba de cumplirse. ¡Ya es el Almirante! Las tormentas del mar parecen reflejarse en sus ojos. La curva del horizonte se contrae en su amplia frente soberbia, medio oculta bajo los cabellos prematuramente encanecidos.

Tiene la historia antagonismos y coincidencias que sorprenden. El encuentro de Boabdil y de Colón enlaza dos extremos opuestos de la vida de España. El Rey moro es la lucha que acaba; Colón es la lucha que comienza. Boabdil deja atrás una historia de ocho siglos, que es repertorio de epopeyas y romances; Colón comienza una nueva época del mundo, y tiene por delante

una página en blanco, donde no hay escrita más que tempestades y tormentas. Boabdil entrega a la Corona la unidad política y religiosa de un imperio dividido hasta entonces; Colón regala a los reyes la unidad de la tierra. El cielo de la Media Luna se oscurece para que resplandezca el sol del Imperio, que alumbra todos los ámbitos del globo. Tras la fuga del Rey moro quedan en España dos cosas, de significación simbólica: el manto espléndido de la Reina y la capa raída de Colón. El destino los zurce y hace que allí caiga el nuevo mundo, como una esmeralda gigantesca que va a compensar a la Reina magnánima por la entrega generosa de sus joyas.

Tres naves miserables, tres cascarones arrancados por la fuerza a los vecinos del puerto de Palos, que huyen por miedo de acompañar a Colón, quien despierta envidias a causa de las prerrogativas de que goza, y a quien ayuda Martín Alonso Pinzón, hombre decisivo en esta empresa, lo mismo que Fray Juan Pérez, "el religioso que más penetró en los designios de Colón", se lanzaron al Mar Tenebroso. La historia ha conservado los nombres de cuantos acompañaron al navegante visionario en su dilatada travesía. Los Reyes pensaron que aquella empresa era una continuación de las Cruzadas y que Colón llevaba una misión de catequista. Pero es lo cierto que ningún religioso se embarcó en las naves, y que se trataba, simplemente, de una conquista militar y de dominio político. La evangelización del mundo nuevo vino después. El propósito indiscutible de Colón fue el de unir las costas de España y las del Oriente a través del Atlántico. Colón llevaba dos diarios: uno secreto, donde anotaba legalmente las leguas recorridas y otro donde las acortaba, para que su gente no se sintiera tan distante de Europa.

No hay para que narrar aquí las peripecias de esta navegación, universalmente conocidas. El mar se extendía sin límite alguno y el horizonte parecía retroceder a medida que avanzaban las naves. Comenzaron las murmuraciones. Hubo intentos de arrojar al Almirante al agua, y Pinzón le aconsejó que ahorcase a unos cuantos de esos insubordinados. Los días y las noches se prolongaban desesperadamente, y la agitación de los ánimos era comparable al hervor de aquellas aguas, que se sentían hendidas por unos cuantos maderos mal ajustados. Una tarde, tarde hermosa en que el cielo agolpó todos sus colores en el confín movedizo, los marineros vieron tierra. Se cantó una Salve y la invocación a la Virgen, estrella de los mares, hizo callar mo-

mentáneamente el rumor de las olas. Pero no era tierra lo que había en el horizonte. Era una nube mentirosa, posada en la lejanía como una isla de oro. El cielo jugaba con el visionario, a tiempo que las furias del mar lo engañaban más seriamente que las hijas del aire.

El 12 de octubre, a las dos de la mañana, hace hoy exactamente 480 años, se vieron algunas luces en la distancia. La noche fue de tremenda expectativa. Al amanecer, Colón y sus compañeros desembarcaron en una isla que se llamó San Salvador. El desembarco fue de solemnidad impresionante. Flameaban los pendones reales, y los hombres se abrazaban a aquella hermosa tierra, cuya situación geográfica ignoraban por completo. Los antiguos insubordinados besaban los pies de Colón, jurándole obediencia perpetua. Los habitantes de la isla rodearon a los españoles, imaginando que habían descendido del cielo. Carecían de armas. No tenían, al parecer, religión alguna. Eran buenos, curiosos, pacíficos y se encantaban con los pedazos de vidrio y los fragmentos de escudillas rotas, que los españoles les regalaban. Las guacamayas, en cuyas alas parecían desplegarse todas las flores del trópico, tomaban parte en la ceremonia, gritando desde los árboles, no se sabe si alegres o tristes por esta insólita invasión.

La isla era maravillosa por su fertilidad. El Diario de Colón, en que pasa revista a las bellezas naturales que acaba de descubrir, es un verdadero poema, en algunas de sus partes. El Almirante era poeta, sin duda alguna. Se pasma ante los árboles gigantescos, ante los ríos sosegados, ante las colinas ondulantes, y lo impresionan sobre todo, los perfumes que le trae la brisa, hasta el punto que querer morir respirando tan embriagadoras fragancias. Desea no abandonar nunca ese deleitoso retiro. El hombre, habituado a los riesgos del mar, aprecia ahora la seguridad de la tierra, la quietud de cuanto le rodea, la bondad sumisa de las plantas y la inocencia de aquella luz que todo lo descubre y pone de realce, como si quisiera mostrarle los más íntimos secretos de la tierra. Colón está encantado, principalmente porque puede caminar erguido, y porque el horizonte no da vueltas en torno de su cabeza. Los versos de Séneca le vuelven a la memoria. El es, sin duda, el hombre que rompería las barreras del océano y descubriría tierras perdidas en el fondo de los abismos. La mitad del mundo tembló en el momento en que este aventurero inspirado hubo de completar la obra de la

creación. Un capítulo del Génesis alcanzó sentido completo cuando Colón volvió una de sus páginas, ayudado por el viento del mar.

El regreso del Almirante a España fue triunfal. Llevaba indios, que fueron bautizados, y uno de los cuales, puesto al servicio del Príncipe Don Juan, murió de tristeza; llevaba pájaros, pieles de animales, plantas de toda especie y granos de oro. Los Reyes lo aguardaban en Barcelona, ciudad a la cual arribó acompañado de muchedumbre sin cuento que lo aclamaba y bendecía. Don Fernando, Doña Isabel y el Príncipe Don Juan, estaban sentados bajo dosel riquísimo. Colón habló largamente de sus peripecias, y cuando hubo de callar, los Soberanos y todos los Grandes de España que los acompañaban se postraron en tierra y entonaron un *Te Deum Laudamus*. Como es natural, Colón siguió frecuentando a los Reyes y cada vez repetía, con mayores detalles, la historia de su expedición. Isabel lo escuchaba embelesada. También Eneas, en Cartago, fascinó a la reina Dido con el relato de su lucha en Troya, de sus naufragios, de sus desventuras y calamidades, todo lo cual enterneció el corazón de aquella mujer, hasta el punto de retenerlo mucho tiempo a su lado. Igualmente Otelo contó, delante de Desdémona, la historia de sus prisiones y destierros, de su peregrinación por tierras bárbaras, de sus heridas y agonías. Como consecuencia la hermosa niña se enamoró de aquel soldado bronceado, que llevaba en su pecho el estigma y la virtud. Isabel sufrió la misma fascinación ante el Almirante, guardando el natural recato propio de su rango, pero no menos cautiva por la palabra de aquel hombre en quien sólo ella había creído, y que le traía un mundo nuevo, después de haber mendigado, años antes, agua y pan en el convento de la Rávida. Colón no refería historias imaginarias. Era el protagonista de aquella epopeya marina que lo dejaría a la larga, la faz curtida, el cabello completamente blanco, una úlcera en la pierna y una artritis dolorosa que lo habría de obligar a solicitar del Rey permiso para cabalgar en mula enjaezada. Sin embargo ahora, y no obstante la exuberancia vital de que gozaba, ya parecía destinado a no ser más que un despojo de las borrascas.

Por ese tiempo la Reina Isabel recibe de manos de Don Antonio de Nebrija la primer gramática escrita en lengua romance en Europa. Esa gramática de la lengua castellana será el más eficaz agente de la Conquista, pues creará, entre los hombres del mundo recién descubierto, vínculos espirituales de profunda so-

lidad, en los cuales irán implícitas la religión y la cultura. Nebrija tuvo una visión mucho más importante de las nuevas relaciones humanas que se fundarían entre España y sus colonias. El comprendió que ni el poder de las armas, ni la dependencia administrativa, ni la fuerza legal, tendrían la firmeza eterna de esas leyes idiomáticas que iban a originar la cohesión espiritual en el seno de las nuevas sociedades. La gramática de Nebrija, que coincide con la hazaña de Colón, la vence en trascendencia histórica. Atada, simbólicamente, al mástil de la nave en que viajaba el Almirante, creó la verdadera unidad de razas tan heterogéneas, y fundió almas tan diversas en un solo crisol eterno. Fue una cadena de oro que sujetó al Nuevo Mundo a la roca de la eternidad. Así podemos proclamarlo nosotros, que aceptamos con júbilo esa gloriosa esclavitud. A tiempo que Santángel, a quien pudiéramos llamar el financista de la expedición, jugaba con valores perecederos, el humanista Nebrija jugaba con valores eternos, es decir, con el Verbo. El puso en la diestra de la Reina Isabel el verdadero cetro del Imperio.

Después de su tercer viaje el Almirante regresó a España cargado de cadenas. En contra suya se formulaban graves y frecuentes acusaciones, que obligaron a los Reyes Católicos a mandar al Comendador Don Francisco de Bobadilla, para que investigase los hechos. Colón había establecido la esclavitud en las tierras descubiertas. Trataba con rigor a los indios y había hecho ahorcar a algunos españoles. Además, y la noticia se filtró a pesar de la reserva de Bobadilla, pensaba entregar las tierras descubiertas al reino de Génova. Colón se defendió victoriosamente de este cargo, con altivez y energía casi sobrehumanas, pero la temeraria imputación dejó una cicatriz en su alma. El naufragio de Bobadilla liquidó definitivamente ese proceso. Nadie quiso remachar las cadenas a los pies del Almirante, excepto su cocinero, que se prestó para esta desgraciada maniobra. Durante el viaje algunos compañeros quisieron romper los grillos ignominiosos, pero el Almirante se negó resueltamente a quedar libre de esa manera. Así quiso presentarse en España ante los Reyes, que sintieron profunda congoja por el hecho, y lo desaprobaron. "Tened por cierto, le dijeron a Colón, que de vuestra prisión nos pesó mucho, y bien lo visteis vos y lo conocieron todos claramente, pues que luego que lo supimos lo mandamos remediar, y sabéis el favor con que vos hemos tratado siempre y ahora estamos mucho más en vos honrar y tratar bien". A pesar de que el gobierno de Colón fue considerado como desastro-

so, su prisión y sus cadenas produjeron la protesta más airada por parte del mundo civilizado. Esas cadenas, que Colón aspiraba a que fuesen enterradas con su cuerpo, sonaron siempre como el eco de la injusticia. En el acto cobraron valor simbólico, y bien podemos agregar que se convirtieron en el premio obligado de toda virtud, de todo esfuerzo, de todo heroísmo. En el fondo de la historia, y allí donde haya gloria, siempre se oye un rumor de cadenas, que es como el contrapunto de la grandeza humana. El destino fragua grillos o forja clavos para todos los redentores.

Isabel, la reina guerrera y santa, murió en Medina del Campo, el 28 de noviembre de 1504. Su último pensamiento se dirigió a los indígenas del Nuevo Mundo, recomendando para ellos buen trato y comportamiento humano. Ya no tenía objeto la vida del Almirante, después de su cuarto y último viaje, no obstante que todavía soñaba en empresas quiméricas, como la conquista del Reino de Saba, de donde habían partido los Reyes Magos, o el rescate de la ciudad de Jerusalén. Pero sus fuerzas declinaban, y una invencible melancolía agobiaba su ánimo. Murió en Valladolid, olvidado de todo el mundo. Solo le acompañaban las cadenas, que estaban debajo del lecho, y, a la puerta de la posada, la mula benemérita que había cargado al visionario que llevaba sobre el hombro todo el peso de un mundo. Antes de expirar, y a la vista del oscuro hueco donde iba a dormir el último sueño, debió pensar que ni siquiera allí lograría la paz definitiva. Colón creía en el próximo fin del mundo, y así se lo escribió a los Reyes Católicos, aduciendo datos cronológicos. Su pensamiento escatológico se había nutrido con la lectura de la Biblia, de los Profetas y, principalmente, del Apocalipsis, en cuyos misterios penetró con la ayuda del cartujo italiano Don Gaspar Gorricio. De esta manera sus huesos serían aventados al vacío, en un cataclismo cósmico, como habían sido aventados los palos de su nave por las tempestades del océano.

Es indudable que América fue descubierta demasiado tarde. Tribus errantes, formidables emigraciones de pueblos, razas perdidas en laberintos de piedra, imperios fabulosos, guerras de exterminio y conquistas que tenían como teatro el luminoso oriente donde nacieron los símbolos y las cosmogonías, todo eso había sido reducido a polvo, cuando, sobre el nebuloso horizonte de Europa, se escuchó una canción. Las cenizas de Troya nublan el Olimpo. Con todo, el cielo de la inteligencia se despeja con el

amanecer de las ideas, con la organización de las ciencias, con el soplo creador que anima el mármol y lo erige en formas armoniosas, a orillas del ondulante mar de las sirenas. Pero América dormía. Solo las guacamayas gritaban la existencia de un mundo nuevo!

Roma domina el mundo. Las leyes y la elocuencia organizan el caos social. El Imperio se extiende bajo el fragor de las armas vencedoras. Muere Julio César. Canta Virgilio. Nace Cristo y se renueva el orden universal. Pero aquella formidable máquina se derrumba. Es saqueada Roma. San Agustín escribe *La Ciudad de Dios*. Tras de los fecundos siglos medioevales un trovador relata las hazañas del Cid. El Gibelino enlaza al ritmo de los siglos el eco de los dolores eternos. Gracias al Doctor Angélico la filosofía penetra en el cielo coronada de diamantes teológicos. San Francisco recibe los estigmas y se hermana con todos los seres del universo. Pero América dormía. Solo las guacamayas gritaban la existencia de un mundo nuevo!

En los orígenes del Humanismo la llama de Atenas y de Roma resurge en medio de las ruinas, a las que descienden los dioses resucitados, en busca de sus bosquecillos de mirto. Baco asoma por todas partes su cabeza coronada de pámpamos. Afrodita nace de nuevo en las aguas del Mediterráneo. El arte es la suprema embriaguez de los hombres. Los titanes comienzan a poblar las bóvedas de las iglesias italianas. En el rincón de un taller florentino sonrío Monna Lisa. En ese momento las guacamayas viajan a España, al hombro de Colón, penetran en los jardines de Aranjuez, y se reúnen con los ruiseñores que habían deleitado el oído de los Reyes Católicos, en las noches de estío. Guacamayas y ruiseñores, al concertar sus gargantas, sellaron la unión de dos mundos distantes y la amistad de constelaciones opuestas, que ahora cambiaban parpadeos de luz en la noche infinita.

El grito de Rodrigo de Triana ¡Tierra! sigue siendo la consigna de América. Tierra de pampas y de volcanes. Tierra para el sudor y para la esperanza. Tierra para los templos, para las torres de la industria, para las ciudades abiertas. Tierra para que se hunda el arado en los valles, y se erijan banderas de libertad en las cumbres de las montañas. Tierra para la fraternidad de los idiomas, para la reconciliación de los siglos, para el abrazo de las razas humanas. Tierra para que comience la his-

toria y aparezca finalmente el hombre de América, el hombre cósmico, dueño del universo.

Y como esta tierra nos fue regalada por Colón, y el Almirante fue un caballero de Dios, un peregrino de los santuarios de la Virgen y un sembrador de cruces a todo lo largo de las comarcas descubiertas, repitamos fervorosamente, para terminar, la imploración de Darío:

*Cristóforo Colombo pobre Almirante
ruega a Dios por el mundo que descubriste.*